

Comentarios sobre «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis» (1953-1956), de Jacques Lacan

Resumen

Este trabajo es la versión íntegra de la ponencia presentada el 8 de Noviembre de 1999 en la actividad, auspiciada por La Fundación Europea para el Psicoanálisis, denominada Seminario de Barcelona, con el fin de estudiar la obra de Lacan desde su paradigma: Real, Simbólico, Imaginario.

Destacaría que mi elección por este Escrito se debe a que en el período iniciado con él se plantean los fundamentos de la teoría lacaniana en una reelaboración que hace el autor del conjunto de los conceptos psicoanalíticos, haciendo desde ahora, por mi parte, la salvedad de que «no todo es lenguaje en el Psicoanálisis». Lacan retorna a Freud, pero con una relectura hecha desde la filosofía, la lingüística, la etnología, la lógica, la cibernética y, más tarde, la topología, planteando, por tanto, una particular relación del Psicoanálisis con la Ciencia.

Dejándome guiar por Marcelle Marini en su texto sobre Lacan: Itinerario de su obra, les propongo el siguiente recorrido para la lectura de este Escrito.

Primeras consideraciones

Es en 1953 que Lacan toma sus posiciones. Es este un año capital en la edificación de su teoría, y no solamente por la escisión habida en el seno de la Sociedad psicoanalítica de París, sino porque con la comunicación: *Lo simbólico, lo imaginario y lo real* distingue «tres registros de la realidad humana». Lo simbólico comenzará a definirse alrededor del habla, del pacto interhumano y de las relaciones de parentesco y será durante mucho tiempo el objeto privilegiado de la reflexión lacaniana.

Tras la escisión de 1953 se le plantea a Lacan la tarea de confeccionar el Informe teórico para el Congreso de Roma, pero además los organizadores italianos le ofrecen un lugar donde poder hablar. Así que es necesario distinguir los dos textos. El informe: *Función y campo* se distribuye plenamente entre los asistentes, será el manifiesto de

la nueva Sociedad Francesa de Psicoanálisis y queda como un texto mayor del Psicoanálisis en Francia y, el *Discurso de Roma*, pronunciado en medio del entusiasmo común el 26 de Septiembre de 1953, que dirigió a «sus amigos» y sobre todo a la juventud, como un llamamiento apasionado para salvar al Psicoanálisis, presentándose Lacan como «enseñante», como maestro cuyo retorno a Freud renovará el Psicoanálisis.

Habla-Sujeto-Lenguaje. Sus descripciones de la experiencia analítica tienen por base la afirmación del «poder absoluto del Lenguaje» en todas las actividades humanas. «Al principio era el Verbo» y con él, el orden simbólico, donde irradia el nombre-del-padre (ahora sin mayúsculas). Lévi-Strauss es su modelo, ya que ha sabido fundar «la autonomía de un sistema significante» sobre una teoría generalizada del intercambio, donde mujeres, bienes y palabras aparecen como homogéneos. Plantea el principio mismo de la Cultura como un término importante entre Naturaleza y Sociedad. Otra novedad capital es el concepto de inconsciente, que hace aquí su entrada triunfal, siendo ahora restituido al campo de la lengua y el símbolo, fundadores de lo humano. Pues no se pasa de lo inconsciente a lo consciente, sino del lenguaje al habla por la asunción del sujeto. Surge aquí por primera vez la noción de «sujeto inconsciente», dando al traste con la multitud de previas definiciones que, a fuerza de citas, habían cambiado el paisaje psicoanalítico. También, la ardiente cuestión de la técnica es aquí zanjada en favor del manejo del tiempo lógico en nombre de una verdadera misión: conducir al paciente, que puede llegar a futuro psicoanalista al «acto de habla» como fundamento, lo cual anuncia la frase de 1967: «El psicoanalista sólo se autoriza de sí mismo».

Segundas consideraciones

Así pues, el concepto que estructura y resume este Escrito no es otro que el de inconsciente, aclarando que no es el inconsciente lo instintual o lo primordial, sino lo elemental de los elementos



del significante. Para ello evocará los libros de Freud que pueden considerarse «canónicos» sobre el inconsciente: *La interpretación de los sueños*, *Psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste y su relación con el inconsciente*. Anteriormente, a lo largo de 20 años (1932-1952) Lacan sólo había trabajado la segunda tópica, refiriéndose, sólo ocasionalmente, a la primera tópica. En esto siguió al freudismo al uso, sin por ello dar privilegio alguno al concepto de «Yo».

Lacan había sido conocido y reconocido, sobre todo en ámbitos psiquiátricos y artísticos, por su tesis sobre *La psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (1932) y también lo sería, en los círculos psicoanalíticos, por su contribución teórica conocida como *el estadio del espejo*. El reconocimiento público le llegaría posteriormente, como él confesó, de la mano de este Escrito. La primera redacción, antes de su distribución, la llevó a cabo en el verano de 1953, tras la presentación pública de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis con su conferencia *Lo simbólico, lo imaginario y lo real*, el 8 de Julio y luego de contraer matrimonio con Sylvia Bataille el 17 de Julio. Dos años y medio después se publicó en la anunciada revista de la Sociedad: *La Psychanalyse*, editada por P.U.F. y con el subtítulo: *Investigación y enseñanza freudianos de la S.F.P.* Dirigía Daniel Lagache, en ese momento, presidente de la Sociedad. Se publicaron 8 volúmenes, desde Marzo de 1956 a Septiembre de 1964. Cada uno se ciñó a un tema monográfico. Pero, de facto, quien dirigió el primer número fue Lacan. El tema que apareció en la misma cubierta: *Sobre la palabra y el lenguaje*, ya en la segunda página se especifica que está consagrado al tema especial: «Del uso de la palabra y de las estructuras del lenguaje en la conducción y en el campo del Psicoanálisis», continuando en la parte inferior con este recordatorio: «Si el Psicoanálisis habita el Lenguaje, ello no será sin alterar el desconocimiento en su discurso [...]»

Datos estos aportados detalladamente por Ángel de Frutos Salvador, a quien hace un tiempo tuve el gusto de conocer en Madrid, y que, en su texto sobre *Los Escritos de Lacan. Variantes textuales*, comenta la presentación de la revista, llamada *Liminaire*, donde dice que allí puede verse la pluma de Lacan. En ella se delimitan los propósitos de la publicación:

Este preliminar no es un manifiesto. Declarándose por esta publicación, bajo su doble responsabilidad de investigación y de enseñanza, la Sociedad Francesa de Psicoanálisis está resuelta a que sea en el trabajo donde aparezcan sus posiciones. Por ello, el sentido

de esta primera salida estará aquí marcada. Importa en un principio que imponga la naturaleza de las cosas así como su actualidad: situar al Psicoanálisis y formar al psicoanalista constituyen una sola y misma vía.

Sobre el título sabemos que ha habido variaciones. La primera referencia fue en la XV Conferencia de Psicoanalistas de lengua francesa, también denominada al ampliarse como la Primera Conferencia de Psicoanalistas de lenguas románicas los días 9 y 10 de Noviembre de 1952, donde se anunció: *El lenguaje en el Psicoanálisis* como el título del Informe teórico que debería presentar Lacan en la reunión siguiente.

Por la escisión en Junio de 1953 de la Sociedad Psicoanalítica de París Lacan se verá impedido de llevar a cabo su cometido dentro de aquella Sociedad y lo hará en el marco del Primer Congreso de la nueva Sociedad Francesa. Habrá un cambio de lugar y François Perrier en nombre de la nueva Sociedad envía una circular diciendo que el Dr. Lacan presentará el informe *Función de la palabra en la experiencia psicoanalítica, y relación del campo del psicoanálisis al lenguaje* que constituirá el objeto de esta primera manifestación internacional.

Así pues el título que aparece en 1956 es un título refundido respecto al que se presentó en Roma. Y si esto ocurre con el título otro tanto pudo suceder en el texto del artículo distribuido, hasta el momento, inédito. Por todo ello conviene atenerse al año 1956, el año de su publicación, para citarle: Lacan mismo escribirá, en una suerte de prólogo al Escrito *Observación sobre el Informe de Daniel Lagache* (1960): «Un texto que no ha sido previamente comunicado bajo forma alguna documental no es atestiguable sino desde el momento de su redacción definitiva». Es costumbre entre nosotros al citar este texto consignar la fecha de su lectura y no la de su publicación.

Desde el verano de 1953 al invierno de 1956 la actividad de Lacan fue incesante. Durante el otoño dio comienzo en el Hospital de Santa Ana a su Seminario público. En *Scilicet* (6/7/76) escribirá: «Traté de formular algo que se refiriera a nuestra práctica, algo que fuera coherente... Eso me ha llevado a una enseñanza que he conducido con mucha prudencia. Pasé a la enseñanza porque me lo pidieron, Dios sabe por qué». Esta actividad la proseguirá en el mismo lugar durante 10 años. Luego, de 1964 a 1969 en la Escuela Normal Superior y de 1969 a 1980 en la Facultad de Derecho de la plaza del Panteón. Además, en el Hospital de



Santa Ana realizaba Presentación de enfermos todas las semanas y daba conferencias en diversos lugares.

Reflexiones sobre el Escrito y puntuaciones del texto

Lacan, en primer lugar, corrige, sin nombrarla a quien se le opuso en todo momento en la Sociedad Psicoanalítica de París y que luego se alzó en contra de su readmisión: se llamaba Marie Bonaparte y de lo que se trataba era de la primera aparición del significante Psicoanálisis, que la princesa colocaba en 1904. Lacan acierta cuando escribe 1986 y cuando plantea que el psicoanálisis no tiene sino que recobrar lo que es suyo.

La línea oficial del psicoanálisis era una Institución anglosajona y hay diferencias culturales entre los franceses y los anglosajones. Sólo se puede entender el valor de las ideas si se sabe cual es su contexto. Hay que situar las teorías. Lacan propone dibujar la tónica de este movimiento considerando que los problemas actuales del Psicoanálisis se desbrozan bajo tres encabezados: A- Función de lo Imaginario. B- Relaciones libidinales de objeto y C- La contratransferencia. Problemas que implican olvidar la situación analítica. La técnica no puede ser aplicada si se desconoce la teoría que la funda y la sostiene, y los problemas podrían ser corregidos por una justa vuelta al estudio en el que el psicoanalista debería ser maestro, el de las funciones de la palabra. Deja a los interesados el cuidado de apreciar lo que los mecanismos manifestados en la vida de las sociedades psicoanalíticas deben a las relaciones de prestancia en el interior del grupo, así, que por ese motivo se produce el eclipse en el psicoanálisis de los términos más vivos de su experiencia: el inconsciente, la sexualidad y, añadido, la muerte.

Ya se ha dicho que este es el escrito inaugural de la enseñanza de Lacan. En él no queda especificado cual de los conceptos corresponde a cada uno de los términos. ¿La función es para la Palabra y el campo para el Lenguaje? En la *Introducción* del escrito da la respuesta cuando habla de los años pasados y de la aversión del interés en cuanto a las funciones de la palabra y en cuanto al campo del lenguaje, además de haber tenido en cuenta uno de los títulos antes expuestos. Los conceptos de Función y Campo son tomados por Lacan de la matemática. Y, si Función tiene que ver con variable y Campo, con un conjunto determinado, tendremos que: las palabras son las distintas variables pertenecientes a un conjunto que es el lenguaje.

Ya en el *Seminario I* (1953-54), Lacan diferencia, antes que en este escrito, palabra y lenguaje, donde ya está claro que la función de la palabra le está dada por la organización del lenguaje. El lenguaje no está hecho para designar las cosas, pero esta trampa es estructural en el lenguaje humano, y en cierto sentido, la verificación de toda verdad está fundamentada en ella. Esta distinción le permite diferenciar la palabra en su función semántico-lexical, del significante, en tanto en éste va a sostener la función de representar al sujeto. El significante como tal no se refiere a nada que no sea un discurso, es decir un modo de funcionamiento, una utilización del lenguaje como vínculo.

En el capítulo I dirá que el psicoanálisis no tiene sino un medium: la palabra del paciente. La evidencia del hecho no excusa que se la desatienda. Ahora bien, toda palabra llama a una respuesta, incluso si no encuentra más que el silencio, con tal de que tenga un oyente y éste es el meollo de su función en el psicoanálisis. Pero ¿qué es ese llamado del sujeto más allá del vacío de su decir?. Llamado a la verdad. Llamado propio del vacío, en la hiancia ambigua de una seducción intentada sobre el otro por los medios en que el sujeto sitúa su complacencia y en que va a adentrar el monumento de su Narcisismo.

El arte del psicoanalista debe ser el de suspender las certidumbres del sujeto hasta que se consuman sus últimos espejismos. Y, es en el discurso donde debe escandirse su resolución. Incluso si no comunica nada, el discurso representa la existencia de la comunicación. Así pues, una puntuación afortunada es la que da su sentido al discurso del sujeto. Por eso, la suspensión de la sesión, de la que la técnica actual hace un alto puramente cronométrico y, como tal, indiferente a la trama del discurso, desempeña en él un papel de escansión que tiene todo el valor de una intervención para precipitar los momentos concluyentes, apelando al sofisma del tiempo intersubjetivo.

Y empieza abordando, introduciendo la identificación imaginaria, la función de la palabra en el análisis, por el sesgo más ingrato, el de la palabra vacía, en que el sujeto parece hablar en vano de alguien que, aunque se le pareciese hasta la confusión, nunca se uniría a él en la asunción de su deseo. Ya plantea, por tanto, una división esencial entre el deseo y la imagen.

Retoma el valor de la anamnesis oponiéndolo al aquí y ahora; el de la intersubjetividad histórica a la intrasubjetividad obsesiva; el de la interpretación simbólica al análisis de la resistencia. Y ahí

comienza la realización de la palabra plena. Por eso la condición de continuidad en la anamnesis es en la que en Freud mide la integridad de la curación. Y no se trata en ella de realidad, sino de verdad, porque es el efecto de una palabra plena el reordenar las contingencias pasadas, dándoles el sentido de las necesidades por venir, tales como las constituye la poca libertad por medio de la cual el sujeto las hace presentes. Freud descubrió el acontecimiento patógeno, llamado traumático y exigía la objetivación total de la prueba, lo cual supone todas las resubjetivaciones del acontecimiento que le parecen necesarias para explicar sus efectos en cada vuelta en que el sujeto se reestructura, es decir, otras tantas reestructuraciones del acontecimiento que se operan, como él lo expresa, *a posteriori*. Anula los tiempos para comprender en provecho de los momentos de concluir que precipitan la meditación del sujeto hacia el sentido que ha de decidirse del acontecimiento original, donde hubo una realidad de ficción que se decidió que fuera así. En la anamnesis se persigue esa ficción. La historia historiza, introduce la ficción en la realidad y es ciertamente, esta asunción por el sujeto de su historia, en cuanto que está constituida por la palabra dirigida al otro, la que forma el fondo del nuevo método que Freud nombró como psicoanálisis, cuyos medios son los de la palabra en cuanto que confiere a las funciones del individuo un sentido; su dominio es el del discurso concreto en cuanto campo de la realidad transindividual del sujeto; sus operaciones son las de la historia, en cuanto que constituye la emergencia de la verdad en lo real, el nacimiento de la revelación histórica que es el de la verdad en la palabra, tropezando con la realidad de lo que no es ni verdadero ni falso.

De modo que Lacan dirá que el inconsciente es aquella parte del discurso concreto en cuanto transindividual que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente, ya que es en la continuidad intersubjetiva del discurso en donde se constituye la historia del sujeto. Desaparece, pues, la noción del inconsciente referido a una realidad individual, ya que la experiencia muestra claramente que el inconsciente participa de las funciones de la idea, incluso del pensamiento. Incluso si el sujeto habla «para las paredes» se dirige a ese (gran) Otro cuya teoría Lacan reforzará después y que tiene que ver con el término intersubjetividad que promueve en esta fecha.

Añadiendo que lo que enseñamos al sujeto a reconocer como su inconsciente es su historia, a perfeccionar la historización actual de los hechos que determinaron los vuelcos históricos, pero que si

han tenido ese papel es porque fueron reconocidos en cierto sentido o censurados en cierto orden. Se supone que los psicoanalistas estamos bien situados para conocer el poder de las palabras y así, tal vez, entendamos la máxima célebre en la que La Rochefoucauld nos dice que «hay personas que no habrían estado nunca enamoradas si no hubieran oído nunca hablar del amor» y ese es el reconocimiento de lo que el amor debe al símbolo y es en el análisis de un caso donde se ve bien la realización del amor perfecto, no como fruto de la naturaleza, sino de la gracia, es decir, de una concordancia intersubjetiva que impone su armonía a la naturaleza desgarrada que la sostiene.

Entonces aparece la pregunta: ¿qué es, pues, ese sujeto que no es el yo?. El sujeto va mucho más allá de lo que el individuo experimenta subjetivamente. El Yo es lo que uno siempre reclama, pero apunta que el inconsciente del sujeto es el discurso del otro y, así, lo dual queda roto por la terceridad del inconsciente. El sujeto va mucho más allá, tanto más allá como la verdad que puede alcanzar. La exterioridad de lo simbólico con relación al hombre es lo que fundamenta la noción misma de inconsciente.

En el capítulo II plantea que, en la experiencia, la sesión debe tender a producir una sesión como la del sueño y no como la del relato. El sueño tiene la estructura de una frase, y la regla es que siempre hay que buscar en él la expresión de un deseo, pero es del prójimo de quien le retorna su ley, así señala que el deseo del hombre encuentra su sentido en el deseo del otro, ya que su primer objeto es ser reconocido por el otro.

También nos dice que el síntoma se resuelve por entero en un análisis del lenguaje, porque él mismo está estructurado como un lenguaje, porque es lenguaje cuya palabra debe ser librada.

Y en el chiste es donde el efecto del inconsciente nos es demostrado hasta los confines de su finura, su dominación sobre lo real se expresa en el reto del sinsentido, donde el humor, en la gracia malvada del espíritu libre, simboliza una verdad que no dice su última palabra. En el chiste está el tercer oyente, siempre supuesto; en pocas palabras apunta al lugar del Otro, pues, ¿cómo agotaría la palabra el sentido de la palabra sino en el acto que lo engendra?. El vuelco goetheano «Al principio fue la acción» se vuelca a su vez. Era el verbo el que estaba al principio y vivimos en su creación, pero es la acción de nuestro espíritu la que continúa esa creación renovándola siempre.

Determina que la ley del hombre es la ley del lenguaje. Los primeros dones son símbolos

y símbolo quiere decir pacto, así que el descubrimiento de Freud es el de las relaciones del hombre con el orden simbólico y el escalamiento de su sentido hasta las instancias más radicales de la simbolización en el ser. Desconocerlo es condenar el descubrimiento al olvido.

Define que la palabra es una presencia hecha de ausencia; el concepto, salvando la duración de lo que pasa, engendra la cosa. Añadiendo que el hombre habla pues, porque el símbolo lo ha hecho hombre, y que es en el *nombre del padre* donde tenemos que reconocer el sostén de la función simbólica que desde el albor de los tiempos históricos identifica su persona con la figura de la ley.

Los símbolos envuelven la vida del hombre. Servidumbre y grandeza en que se anonadaría el vivo, si el deseo no preservase su parte, pero ese deseo exige ser reconocido, por la concordancia de la palabra o por la lucha de prestigio; en el símbolo o en lo imaginario. Lo que está en juego en un psicoanálisis es el advenimiento en el sujeto de la poca realidad que este deseo sostiene en él, en comparación con los conflictos simbólicos y las fijaciones imaginarias como medio de su concordancia, y nuestra vía es la experiencia intersubjetiva en que ese deseo se hace reconocer.

Se ve entonces como ha cambiado la índole del problema. El problema para Lacan es el de las relaciones en el sujeto de la palabra y del lenguaje, y tres paradojas en esas relaciones se presentan en nuestro dominio: A- En la locura, dice, el sujeto es hablado más que habla él, y su lenguaje no requiere interlocutor. B- En los síntomas, la inhibición y la angustia, que es la economía constituyente de las diferentes neurosis, ahí, la palabra es expulsada del discurso concreto y C- En el yo del hombre moderno que ha tomado su forma del «alma bella» hegeliana, que no reconoce la razón misma de su ser en el desorden que denuncia en el mundo. Pero, Lacan propone una salida que se le ofrece al sujeto para la resolución de este callejón sin salida donde delira su discurso, teniendo en cuenta que es un muro de lenguaje el que se opone a la palabra. Entonces plantea que para liberar su palabra, el sujeto es introducido, por el psicoanálisis, al lenguaje de su deseo y dirá que éste es un problema que tiene que ver con el problema de los fundamentos, que deben asegurar al psicoanálisis un lugar en las ciencias. Problema de formalización pues, a lo que sigue que la matemática puede simbolizar el tiempo intersubjetivo que estructura la acción humana, del cual la teoría de los juegos llama la estrategia. Estrategia transferencial...

Se demuestra en la lógica de un sofisma que es la certidumbre anticipada por el sujeto en el *tiempo para comprender* la que, por el apresuramiento que precipita el *momento de concluir*, determina en el otro la decisión que hace del propio movimiento del sujeto error o verdad. Esa prisa interrumpe la eternidad de la repetición. Se ve como la formalización matemática puede aportar a la ciencia de la acción humana esa estructura del tiempo intersubjetivo que la conjetura psicoanalítica necesita para asegurarse en su rigor. Y Lacan añade a la enseñanza de su teoría y su técnica, junto a la lingüística, la lista de las disciplinas que Freud recomendaba a los psicoanalistas, al lado de la psiquiatría y la sexología, «la historia de la civilización, la mitología, la psicología de las religiones, la historia y la crítica literarias», añadiendo además Lacan la cima suprema de la estética del lenguaje: la poética.

En el tercer y último capítulo de este escrito Lacan nos dice que Freud se servía de la resistencia para implicar al sujeto en su mensaje y que su descubrimiento no alcanza auténticamente al sujeto sino descentrándolo de su «conciencia de sí» hegeliana. Plantea disipar el malentendido del lenguaje-signo, fuente de confusiones del discurso como de malformaciones de la palabra, y el de la comunicación como señal, para restituir a la palabra su pleno valor de evocación, pues su función en el lenguaje no es informar, sino evocar. El lenguaje que se precie de tal debe dar lugar a la función creadora de la palabra.

En efecto, dice, que la palabra es un don del lenguaje, y que el lenguaje no es inmaterial. Es cuerpo sutil, pero es cuerpo. Las palabras están atrapadas en todas las imágenes corporales que cautivan al sujeto, así la palabra puede convertirse en objeto imaginario y aún real, en el sujeto y, como tal, rebajar bajo más de un aspecto la función del lenguaje, por lo que se acentúa que el psicoanálisis no puede tener otra meta que el advenimiento de una palabra verdadera y la realización por el sujeto de su historia en su relación con un futuro, teniendo en cuenta el deseo que ha de reconocerse allí y el objeto a quien se dirige ese deseo. Así pues, el psicoanálisis se convierte en una relación en la que el psicoanalista enseña al sujeto a captarse como objeto, siendo que a su vez será la palabra la que reemplazará al objeto.

Lacan plantea una técnica renovada de la interpretación, por esa propiedad de la palabra de hacer entender lo que no dice. De modo que tendremos que aguzar el oído a lo no-dicho que yace en los agujeros del discurso. Pues así como



el símbolo se manifiesta en primer lugar como asesinato de la cosa, esta muerte constituye en el sujeto la eternización de su deseo. Decir que este sentido mortal revela en la palabra un centro exterior al lenguaje es más que una metáfora y manifiesta una estructura, diferente de la espacialización de una circunferencia o de la esfera, responde más bien a ese grupo relacional que la lógica simbólica designa topológicamente como un anillo, añadiendo, a modo de explicación que de querer dar una representación intuitiva suya parece que, más que a la superficialidad de una zona, es a la zona tridimensional de un *toro* a lo que habría que recurrir, en virtud de que su exterioridad periférica y su exterioridad central no constituyen sino una única región.

También evoca Lacan el lugar del sujeto-supuesto-saber que años más tarde designará como el soporte de la transferencia, pues es el vehículo de la acción de la palabra en el análisis dentro del marco transferencial. Y, planteados ya los tres registros, añadirá para acabar, a la abstención, la función del tiempo, en la juntura entre lo simbólico y lo real y emanado de la dialéctica intersubjetiva, donde lo real es racional. El inconsciente pide tiempo para revelarse, pero no desde la linealidad, sino por la retroacción. Finalmente, planteará que el psicoanalista está del mismo lado del paciente, por encima del muro del lenguaje, intentando responder al eco de su palabra. Pues más allá de ese muro no hay más que el masoquismo primordial, o sea, una manifestación en estado puro de la pulsión de muerte, que plantea un límite de la función histórica del sujeto. Por eso, cuando queremos alcanzar en el

sujeto lo que había antes de los juegos seriales de la palabra y lo que es primordial para el nacimiento de los símbolos, lo encontramos en la muerte, de donde su existencia toma todo el sentido que tiene. Es como deseo de muerte, en efecto, como se afirma para los otros.

Al final, señalará que la cuestión de la terminación del análisis es la del momento en que la satisfacción del sujeto encuentra cómo realizarse en la satisfacción de cada uno, es decir de todos aquellos con los que se asocia en la realización de una obra humana. Queda, por tanto, planteada en este escrito una cierta doctrina de la cura.



Maite Fernández

Barcelona

Tel. 93 323 50 98

E-mail: maiferso@copc.es

Bibliografía

DE FRUTOS SALVADOR, A. *Los Escritos de Jacques Lacan.*

Variantes textuales. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores, S.A., 1994.

LACAN, J. *Escritos I.* México: Siglo Veintiuno Editores, 1983.

MARINI, M. *Lacan: Itinerario de su obra.* Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1989.

